La Novela Corta

EL ENCANTO
DE BUENOS AIRES

POR

Gómez Carrillo

5 cts.

Año I Madrid 25 de Noviembre de 1916 Núm 47

La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Fundador José de Urquía

COLABORADORES ÚNICOS

Galdós.-Benavente.-Pardo Bazán,-Sellés Valle Inclán.-Baroja.-Blasco Ibáñez.-Dicenta.-Linares Rivas.-Bueno. Marquina.-Ricardo León.-Trigo.-Rusiñol.-Octavio Picón.-Alvarez Quintero. Guimerá.-Cristóbal de Castro.-Martínez Sierra.-Azorín.-Gómez Carrillo. Pompeyo Gener.-Unamuno.-Salvador Sueda.-Bonafoux.-Zamacois.-Répide. Villaespesa.-Insúa.-Francés.-Colombiné.-Parmeno.-Zozaya.-Zúñiga, etc.

LOS HOMBRES

(Mary los descubre)

El próximo sábado y en número extraordinario publicaremos tan notable novela adaptada expresamente para esta Revista por su autor

A. INSÚA

La Novela Corta consagra al joven e ilustre escritor UN NUMERO EXTRAORDINARIO, no solamente por la belleza de esta obra **LOS HOMBRES (Mary los descubre)**, sino también por rendir un legítimo homenaje a su intelectualidad.

El ENCANTO de BUENOS AIRES

Adaptación hecha expresamente, para
LA NOVELA CORTA

POR SU AUTOR

Enrique Gómez Carrillo

El viaje.

El inmenso barco apenas se mueve. A no ser por la palpitación lejana de las máquinas, en los salones del centro ni siquiera se daría uno cuenta de que está en el mar. Por una absurda fantasía, los arquitectos navales se proponen, desde hace algunos años, hacer olvidar a los que se embarcan que se han embarcado. Nada de lo que constituye la antigua forma marina se descubre en los bien llamados palacios flotantes. El famoso comedor de *Deu Esseintes*, con sus ventanillas redondas y su techo bajo, con sus maderas lucientes y su olor de brea, hay que buscarlo ahora en aguas de segunda clase, allá muy lejos, en el Pacífico o en el océano Indico; pero no en rutas de lujo, como esta que va de París a Buenos Aires, ni como la otra que va de Nueva York a Londres. Aquí, en efecto, comemos entre columnatas de mármol, bajo altísimos artesonados. Por todas partes se encuentran muebles que nada parecen temer del desorden de los rudos oleajes. Amplias mamparas de cristal ponen en comunicación los salones de música con los salo-

nes de lectura, los jardines de invierno, pavimentados de mosaico, con las galerías artísticas, llenas de objetos preciosos. Y todo es tan amplio, todo produce un efecto tan absoluto de calma, de quietud, de seguridad, que al cabo de poco tiempo llega uno a perder el recuerdo de que se halla en el mar, y de pronto, al percibir en ciertos instantes el movimiento, experimenta extrañas sensaciones de cuento fantástico y se figura que está en un edificio que anda...

***

Que todo esto contribuya al confort y hasta al placer de los viajes modernos nadie puede negarlo. Ir en un trasatlántico de 200 metros de largo, y en el cual hay cafés, restaurants, bazares, salas de juego, conciertos y salas de baile, y hasta un periódico, es casi continuar la vida que se lleva en una playa, entre el Hotel-Palace y el Palace-Casino. Todo lo que sirve para hacer pasar el tiempo y para halagar la vanidad se encuentra a bordo lo mismo que en tierra. La cena es una ceremonia suntuosa, durante la cual las damas ostentan cada noche un nuevo traje. El *smoking* es de rigor para los hombres. Una orquesta pone a los manjares la indispensable salsa de valses lentos. Después de la cena, el sarao comienza. Así, cuando los pasajeros se separan, a eso de media noche, piensan, llenos de regocijo, que el tiempo corre para ellos con una rapidez de muchas millas por hora.

***

Y, sin embargo, yo no sé si esta navegación de lujo, esta vida de perpetua fiesta, este quieto y magnífico existir entre músicas y flores, entre *flirteos* y bailes, entre banquetes y conciertos, puede considerarse como más agradable que las antiguas y lentas navegaciones, durante las cuales hasta los menos aficionados a meditar y a sentir acababan por darse cuenta de la belleza de la contemplación. ¿Dónde están, en efecto, en las actuales travesías del Atlántico, las dulces horas silenciosas de los viajes de antaño? Cuatro días hace que hemos pasado la línea del Ecuador, y entre los numerosos compañeros que nunca han visto este hemisferio no hay uno sólo, así, literalmente, ni uno, que haya mostrado un interés de curiosidad por contemplar las prestigiosas constelaciones del Sur. ¡Buenos están todos para pensar, cual los argonautas de Heredia, en que surgen *du fond d l'Ocean des etoiles nouvelles!*,,.

La arquitectura misma del barco nuevo, en su previsora tutela de confort (1), ha suprimido, como perfectamente inútiles, los lugares que antes servían para mirar el cénit, y los ha reemplazado con restaurants

(1) Este capítulo está escrito a bordo del «Reina Victoria Eugenia», de la Transatlántica Española.

a la carta, servidos por Ritz, o con galerías de *five-o-cloc*, a cargo de Rumpelmeyer, o con salas de gimnasia para las damas que temen engordar. Y es que, sin exagerar, ¿a qué hora vamos a entretenernos en esas mudas contemplaciones celestes?... El día lo pasamos ocupados en charlas que, no por ser tan filosóficas cual las del famoso viaje que Ferrero relata en su admirable libro titulado *Entre dos mundos*, carecen de interés o de profundidad. Desde por la mañana hasta por la tarde hay para cada hora un empleo *chic*, muy *chic*. Y lo que es por la noche, después de la cena, en los divinos instantes en que las estrellas llenan de puntos luminosos el espacio, ¿cómo queréis que vayamos a exponernos a las corrientes de aire de proa, vestidos, nosotros, de *smóking*, vestidas nuestras compañeras con trajes descotados? El tango que toca la orquesta bastaría, por lo demás, para quitarnos la tentación de abandonar los grandes salones.

De lo que se trata—dicen hombres y mujeres—es de no aburrirnos.

***

Nadie se aburre, en efecto. El más nuevo de los grandes juguetes, la telegrafía sin hilos, nos tiene, hora por hora, al corriente de lo que pasa. Sabemos que Belmonte estuvo admirable en la corrida del domingo, que Jaurés pronunció un discurso soberbio el lunes y que el consolidado inglés bajó un décimo el martes. El periódico de a bordo nos lo dice todo. Porque, hoy por hoy, el mar, el vasto mar, es un país de ciudades flotantes en el cual cada tarde y cada mañana algún barco que acaba de comunicar con un puerto nos envía las noticias necesarias para que no ignoremos lo que sucede en el mundo. ¿Cómo no extasiarnos y cómo no admirar?... Desde su camarote, un banquero puede continuar, durante la travesía, sus operaciones de Bolsa. Dos o tres hay a bordo que reciben a cada instante largos despachos que nadie ve. También Fernando Díaz de Mendoza, el comediante gran señor, tiene, día por día, una crónica artística que le viene desde Madrid por el aire, de antena en antena, y que pasa luego de mano en mano. Hasta lo que produjo anoche la representación de *L'Aigrette*, en la Princesa, sabemos. Y con esto, y con las mil distracciones de nuestra existencia de playa lujosa, y con la atmósfera de elegante coquetería y de suave intriga que se respira en todo gran hotel, y con la alegre puerilidad que se apodera aquí de las almas, tenemos lo bastante para divertirnos sin cesar.

***

¡Ojalá nos divirtiéramos algo menos!... ¡Ojalá tuviéramos un poco menos de tranquilidad de espíritu!... ¡Ojalá pudiéramos sentir esos dos sublimes factores de la poesía de los antiguos periplos que se llamaron la inquietud y el aburrimiento!... ¡Pero vaya usted a experimentar la

menor sensación de temor en uno de estos formidables castillos, que parecen más insumergibles que las rocas de las islas! Con sólo leer los prospectos en que las Compañías navieras anuncian sus magníficos leviatanes, basta para tener una confianza absoluta. Y si alguien, haciéndose pájaro de mal agüero, dice el nombre del *Titanic*, no falta quien le conteste en el acto, con tono desdeñoso, que la ciencia moderna ha hecho más difícil una catástrofe que un cataclismo.

* * *

Pero es el aburrimiento, el divino y fecundo aburrimiento, el que más falta hace en las travesías para embellecerlas. Todo lo que debemos de poesía, de imágenes y de evocaciones a los hombres que navegaron antaño por estos mares y a los que aún navegan por otros mares menos elegantes, se encuentra en el aburrimiento. Aburriéndose, buscan los hombres los celajes, las estrellas y los ensueños. Aburriéndose, aburriéndose mucho, se llega hasta los sublimes monólogos, de los cuales surgen, fantásticos y grandiosos, los ensueños, los sistemas, las imágenes. Mas aquí, ¿quién puede aburrirse? Y sin aburrirse, nadie se vuelve hacia sí mismo para sondear su alma, que es una hermana procelosa del Océano...

* *

El único momento en que la gente suele acordarse en nuestro magnífico palacio flotante de que hay mar y cielo es en los breves instantes del crepúsculo austral. En la penumbra, a la hora misteriosa y fugaz en que todo calla, en que todo medita, en que todo sueña, las sensaciones de nostalgia parecen invadir hasta las almas de los que apenas tienen alma. Los mismos viajantes de comercio y los jugadores de *poker*, y los galanes de las damas millonarias, dejan unos minutos sus músicas, sus galanteos, sus risas y sus cálculos para asomarse al mirador que da al poniente y sentir, sin darse cuenta de ello, que existe una cosa deliciosa, casi divina, que se llama melancolía. Entonces los rostros más vulgares se ennoblecen. Entonces las mujeres jóvenes, quietas y misteriosas cual esfinges, abren los ojos sin coquetería, y, haciendo como que miran los celajes lejanos, se entregan a una intensa contemplación interior. No hay coquetérias, no hay ilusiones en tales ratos. No hay más que recuerdos, no hay más que fantasmas, no hay más que remordimientos. La más cruel, al llegar la crisis, tiene para sus imágenes atormentadas un poco de dulzura religiosa. Ahora mismo, al lado del velador en que escribo, una delicada imagen hace pensar en una alegoría de la nostalgia pintada por un artista picaresco del siglo XVIII. Es una rubia de grandes ojos de ámbar y de labios de esmalte. Hay en ella algo de muñeca, algo de ídolo y algo de flor y joya. Dos enormes pendientes de esmeraldas acarician sus mejillas blancas. Sus trajes son poemas de invenciones grotescas y encantadoras. ¿Es

una española? No lo creo. Es más bien una parisiense, quizás una vienesa, en todo caso, un sér acostumbrado a reir, a *flirtear*, tal vez a algo peor. En los nueve días que llevamos a bordo ha cambiado ya treinta veces de *toilettes*. Los jóvenes argentinos la respiran con voluptuosidades indiscretas, mientras ella, sintiendo el poder de su gracia, entorna los párpados y se pasa por los labios la puntita deliciosa de la lengua. En todas partes se la encuentra, examinándolo todo, sonriendo de todo, tomando posesión de todo. La gente grave que la ve murmura frases en las cuales las palabras «ligereza» y «frivolidad» abundan. Ligera y frívola. Eso es desde que se levanta hasta que se acuesta. Pero a esta hora ella misma se ha quedado hoy quieta, ella misma ha dejado de sonreir, ella misma ha abierto los bellos ojos ante el infinito, ella misma ha permitido que en su frente se refleje la penumbra de la dulce melancolía evocadora y patética.

Y es que este instante, que en el hemisferio Sur tiene la rapidez de un espejismo, es el del Avemaría de la gran religión del sentimiento.

***

Fuera de tales minutos, lo último que aún nos queda de tradicional en los viajes actuales es el poder constructor que nos permite formarnos, en las dos semanas que pasamos sobre las tablas de los puentes, un universo nuevo y una familia improvisada. Riendo, bailando, *flirteando*, charlando, llegamos poco a poco a crearnos, lejos de todo lo que dejamos en nuestra patria, un grupo de amigos, a los cuales les encontramos, por un milagro que no dura sino lo que duran las travesías, virtudes y encantos extraordinarios, y a veces también un grupo de amigas en las cuales descubrimos bellezas infinitas. ¡Ah! ¡Las aventuras galantes de a bordo!... ¡Ah! ¡Las rápidas cristalizaciones que ningún Stendhal ha analizado aún!... ¡Ah! ¡Los entusiasmos, las esperanzas, los propósitos locos!... ¡Ah! ¡Las ídolas rubias que nos parecen sonreir seráficamente y que nos atormentan el alma sin saberlo, sin quererlo y, lo que es peor, sin creerlo!...

Un amigo que va y viene a menudo del Plata al Sena decíame anoche:

—Cuando uno ha pasado una semana en un barco, ya no tiene una noción estética exacta. Las mujeres más vulgares le parecen diosas. Yo he estado a punto de enamorarme diez veces, y siempre de damas que en Buenos Aires no me habrían parecido merecer ni un piropo. Por eso al desembarcar nos sentimos tan tristes.

¿Es cierto esto último?

No lo sé y no quiero creerlo. Pero de lo que sí estoy seguro es de que hay en los últimos momentos de todo viaje por mar la tristeza que produce una familia al dispersarse.

***

Hay también en el angustioso estado de alma de los instantes que preceden al desembarque un poco de miedo de la vida, del trabajo y de la actividad. Durante dos semanas nada serio nos ha preocupado. De

las agitaciones del mundo sólo lo agradable ha llegado hasta nosotros. Lo que representa la gran palpitación de la existencia casi la hemos olvidado. Y he aquí que, de pronto, la perspectiva de que el dulce nirvana en que vivimos va a terminar nos hace ver amontonados en un haz amenazador los motivos de inquietud que representa la vida de los hombres en general. «¿Qué noticias personales nos inquietan?», nos preguntamos. Y, como antes de romper el sobre de ciertas cartas que nos parecen portadoras de catástrofes, nos detenemos un punto, turbados, y tardamos algo en poner el pie fuera del camarote...

La avenida de Mayo.

Al abrir mi ventana.

Al abrir mi balcón esta primera mañana, singulares sensaciones me perturban el alma. Todo lo que he hecho desde el día en que abandoné París se desvanece de pronto cual un sueño, Cádiz, un sueño... El barco, un sueño... Montevideo, un sueño... Y la realidad aparece ante mis ojos, obligándome a notar que no me he movido, que no he salido de mi casa, que no he abandonado mi rinconcillo habitual. Lo que veo, en efecto, es lo de siempre: cielo, calle, gente, coches. Ya antes de salir de la cama, el ruido que desde la calle sube hasta mi estancia habíame sorprendido con sus notas familiares, Porque, así como los ciegos de El Cairo reconocen cada barrio por el murmullo de sus vendedores ambulantes, así yo sé de memoria las orquestaciones del bulevar parisiense, con sus motivos que cambian según las horas del día. En la mañana, sus ritmos, caros al alma de los futuristas, están hechos de mugir de automóviles, de pasos de caballos en el asfalto y de repiques lejanos de tranvías que pasan por las calles vecinas. El murmullo humano no es aún bastante intenso para volar hasta un segundo piso. Ya volará por encima de los techos un poco más tarde. Entretanto, yo oía, al despertarme, a mi ciudad como la he oído siempre. La oía rodar, vibrar, trotar, gemir. Y en la modorra del lecho, decíame: «Es una ilusión, puesto que no estoy en París, sino en Buenos Aires.» Pero he aquí que al abrir la ventana me convenzo de mi error. Es en París donde estoy, no en Buenos Aires... Ahí, en la esquina, veo la terraza de mi café, de mi café de siempre, en el cual, dentro de un rato, he de encontrar a mis amigos de siempre hablando siempre de lo mismo... Enfrente, bajo una «marquesa» de cristales, se distinguen los grandes carteles que anuncian el espectáculo de esta noche en el Vaudeville. Otro cartel, más grande, dice: «Odeón»; otro, «Apolo»; otro, «Royal»... ¿Y los inmensos rótulos de oro que corren sobre las fachadas grises anunciando hoteles, restaurants, cafés, almacenes?... Entre los que puedo leer desde mi mirador no hay uno solo que no me parezca familiar. Esos «Cecil», esos «Excelsior», esos «Albión», esos «Savoy» que resplandecen a lo lejos son los mismos. Pero ¿qué no es lo mismo, al menos

a esta hora temprana?... En ese quiosco lleno de ilustraciones francesas es donde todos los días compro mis periódicos favoritos; esos automóviles que ostentan en un inmenso escaparate sus severas carrocerías son los que, desde hace años, me obligan a meditar en los inconvenientes de ser pobre; esa tienda llena de objetos tentadores e inútiles es la que, allá hacia fin de año, me ayuda a salir de compromisos con las damas que me invitan a sus fiestas.

¿Y la gente?... Desde aquí claro que no oigo lo que habla. Pero estoy seguro de que la lengua que emplea es el francés. ¿No estamos acaso en París? Los chiquillos que pasan con sus paquetes de periódicos bajo el brazo y que gritan títulos que nadie comprende; los carritos de panaderos que llevan un cesto lleno de dorados *croisants*; los carricochas tirados por jamelgos flacos, en cuyo interior brillan, con sus tonos de oro y de esmeralda, las frutas y las hortalizas; los hombres que van de prisa, con las manos metidas en los bolsillos del gabán; los niños que se encaminan hacia la escuela con sus libros atados en una correa; los barrendaros, escrupulosos y apacibles, que recogen un papel, luego otro papel, luego una hoja seca, y que sonríen beatamente; los camareros de café que van corriendo; todo lo que significa vida, actividad, movimiento, es de París. Y si alguna duda me cupiese, no tendría más que ver los lindos desfiles de obreritas que marchan, ligeras y rítmicas, en busca de alguna cercana rue de la Paix. En ellas sí que no cabe engaño. Son las mismas de todos los días, son las de ayer, son las de siempre; son las que, con sus gentiles coqueterías, alegran las horas en que las damas ricas duermen aún; son las tentadoras humildes que van acariciando visiones de amor y de alegría hacia la cárcel de los talleres. Menudas, esbeltas, andando con un poquito de petulancia, ondulan bajo los árboles de otoño, y dejan detrás de sí, ya que no un rastro de esencias embriagadoras, como las criaturas de lujo, por lo menos una huella de frescura, de ingenuidad y de gracia que perfuma voluptuosamente las mañanas bulevarderas.

Después de haberme sonreído, desde lejos, con una sonrisa familiar, la gran avenida, que tiene un nombre de primavera y de libertad, me acoge cuando llego a ella y penetro en la corriente de su circulación vital con una confianza que me encanta y me desconcierta. Nada en sus detalles me parece desconocido. Nada me choca. Nada me sorprende. Las impresiones de esta mañana continúan, y al sentarme en la terraza de un café para ver desenvolverse ante mis ojos la palpitante e interminable película de la existencia callejera, experimento la sensación de que ya he estado aquí, no un día, no, sino muchos días, mucho tiempo. Los ocultistas y los budistas explican estos singulares estados de alma diciendo que en una existencia anterior hemos podido vivir la vida que de pronto nos aparece como ya conocida. Sólo que en el caso presente tal teoría es absurda, puesto que en las etapas anteriores de mi existencia, cuando, hace tres siglos, fuí pirata en el Mediterráneo, o cuando, doscientos años más tarde, fuí monje en un monasterio verde de Colombo, Buenos Aires no era sino una aldea, y la maravillosa avenida no existía ni siquiera en estado de vaga esperanza. Yo me figuro, en efecto, lo que habrían pensado los buenos compañeros de Juan de Garay si alguien les hubiera dicho: «Aquí se levantará dentro de poco tiempo una capital tan grande y tan hermosa, que Madrid y Bar-

celona y Sevilla juntas cabrán dentro de ella.» La risa habría sacudido las armaduras en una larga convulsión. ¿Buenos Aires metrópoli del Imperio español?... Lo único que sus fundadores ambicionaban era hacer de él un puerto para comerciar con el ganado. En cuanto a los pueblos de porvenir, los que estaban llamados a ser un día rivales de la corte de los Felipes, llamábanse Lima, Santiago de los Caballeros de Guatemala, Méjico, Caracas...

Así, pues, no pudiendo haber sido en una existencia pasada, es en la presente en la que yo he visto la avenida, con su alegría, con su actividad, con su buen gusto. Porque, mal que pese a mi amigo Santiago Rusiñol, cuyo libro sobre la Argentina es un ramillete formado con todas las flores de la injusticia, la característica de esta ciudad es el buen gusto. Bien sé que ésto ni los mismos porteños se atreven a decirlo. «Un pueblo hecho en poco tiempo—murmuran excusándose—no puede ser cual una ciudad hecha por los siglos. No tenemos arquitectura, y vivimos de imitaciones o de copias.» Es cierto. Mas ¿dónde está la capital moderna que no se halla en el propio caso? La misma Barcelona, patria de Rusiñol, es un muestrario disparatado de fachadas belgas y alemanas. Buenos Aires, más feliz, a ido a inspirarse a Francia, y de Francia, país de medida, de armonía, de elegancia sobria, ha traído estas líneas puras que dan a la avenida de Mayo su gracia severa de gran bulevar parisiense.

Viendo pasar la gente.

El temor que yo tenía de que por la tarde, a la hora de las lánguidas charlas de café, la magnífica y nerviosa avenida se convirtiera en uno de esos lugares de paseo en que la población se estanca para murmurar, acaba, felizmente, de desvanecerse. No, nada aquí hace pensar en la calle de Alcalá y en sus lentos cortejos familiares; no, nada nos recuerda las galerías de Italia, en las que se estanca la ola de desocupados. La gente que pasa sabe adonde va, sabe a lo que va. Para el paisado ambular bajo las alas suaves de las quimeras deben existir otras calles, otras alamedas. Esta es una arteria que palpita con toda la sangre joven y generosa de la ciudad, y que lleva, de un extremo a otro, en abundante corriente, la fuerza, la riqueza, la alegría, el lujo, la esperanza. El *utile dulci* de los latinos podría graberse en sus muros. No hay nada, en efecto, en que la doble preocupación del negocio y de la estética no estén unidos. Imaginar elegancia más robusta sería imposible. Yo he estado en Nueva York y he visto con admiración y espanto la catarata de vida que arrastra a los hombres por Brodway desde la mañana hasta la noche. La vida ahí es un vértigo, y el hombre, un iluminado o un autómata, una máquina o un delirio. De arte, de gusto, de armonía, de medida, de distinción, ni siquiera una idea tiene la metrópoli norteamericana en su existir callejero. La gente pasa entre edificios desiguales sin ver y sin pensar que pueden verla. El que se detiene ante un escaparate expónese a ser arrollado por la corriente. *¡Time is money!..*, Aquí, en Buenos Aires, donde, sin duda, existe una fiebre de trabajo y de codicia tan intensa en el fondo cual la de Yanki-

landia, pero mucho más delicada en sus manifestaciones, la vida exterior no pierde nunca su ritmo, su ligereza, su frescura. Las caras que en la Cuarta Avenida se crispan, en la avenida de Mayo sonríen. ¿Será en ésto en lo que consiste la superioridad de la cultura latina? La superioridad de Buenos Aires, cuando se la compara con las ciudades nuevas, con Berlín, con Montreal, con Nueva York, está en su gusto, que sabe, tal vez más por instinto que por estudio, suavizar lo que hay de demasiado luciente y velar lo que hay de demasiado lujoso en su joven belleza. Los árboles que ponen como un encaje móvil ante las fachadas; las altas columnatas de los lampadarios eléctricos, que tratan de romper la monotonía da la perspectiva rectilínea; la suntuosidad de los escaparates, con el perpetuo atractivo de lo lujoso, de lo luciente, de lo femenino; el regocijo pueril de los enormes caracteres áureos que cubren los balcones y animan los muros; la familiaridad de las terrazas de café, con su abundancia de charlas; el murmullo de sus vendedores ambulantes que ofrecen las cosas más absurdas con la mayor naturalidad del mundo; todo, en fin, tiene aquí un atractivo de que carecen las capitales improvisadas.

Las sombras de la noche.

Antes de acostarme vuelvo a abrir mi ventana para contemplar el espectáculo de la gran calle expresiva. A la luz de las innumerables lámparas eléctricas, las altas fachadas recortan sus finas cresterías en un fondo negro, formando una fantástica visión de muralla almenada. De trecho en trecho, una cúpula, una torrecilla, un belvedere, sobresale del conjunto, poniendo una alta claridad de faro en la noche. El ruido que sube, ya no es el incesante trepidar de motores y el perpetuo rodar de coches de la mañana. La gente que pasa, destacándose en siluetas negras ante las vidrieras luminosas de los cafés, parece no llevar prisa ninguna. Todo resulta más lento, más grave, más solemne que algunas horas antes. Hay algo de fantasmal en los seres y en las cosas. Las bocinas de los automóviles, más estridentes que en el día, dispersan notas de angustia en el aire. El ir y venir lento, tan lento como en todas partes, de las vendedoras de caricias, sugiere ideas de infinita piedad. ¡Ah! ¡Las cortesanas de la avenida de Mayo!... ¡Si por lo menos tuvieran algo de provocantes algo de perversas, algo de diabólicas! Pero van las pobres, una tras otra, sin coquetería, casi sin aliento, y cuando, de trecho en trecho, se detienen para atraer a un hombre que pasa precipitado o distraído, nótase que el movimiento de su cabeza, que se yergue, es puramente mecánico. Desde mi observatorio no veo ni sus miradas ni sus sonrisas. Pero bien sé cómo son, bien sé la pena que inspiran a los que saben contemplarlas con ojos sin prejuicios de moral. «Yo la reconocería entre mil, aunque no la contemplara sino un segundo», dice Tomás Quincey hablando de aquella miserable y divina Ann, en cuyo seno reposó una noche su cabeza embriagada de opio y de poesía. Yo también, aun desde muy lejos, reconozco en su andar de fantasmas a las innumerables Ann de las grandes capitales. Y como el poeta inglés, piadosamente, beatamente, dirijo con mi alma una ple-

garía al dios ignoto que debe protegerlas, para que haga menos duro el incesante calvario de sus paseos nocturnos.

¡Ah, la noche, la noche, qué bien la sentía el Rey Salomón cuando pedía a Jehová que lo librara de la cosa terrible que se pasea entre sus sombras!

Aquí, a pesar de los infinitos focos eléctricos, las alas del misterio palpitan en el ambiente. Todo tiene algo de extraño, algo de tembloroso. Las linternas de color de los coches, forman singulares cortejos inquietos. A cien pasos de mi hotel, el amplio peristilo de un teatro, iluminado *á giorno*, parece un refugio para los que sienten la zozobra de la hora. Un vendedor de periódicos, salmodiando su eterno clamor, se detiene en plena calle, y de pronto, como si se lo hubiera tragado la tierra, desaparece. Su grito, sin embargo, se oye siempre, y yo me figuro que pide auxilio contra el demonio de las sombras que acaba de arrebatarlo. Era el último sér que parecía ir al trabajo, franco y alegre, pregonando su mercancía. Ahora que él ya se ha esfumado no queda sino la ciudad, que se prepara a gozar o a orar, o a meditar. Los hombres van de prisa y se esfuman en las esquinas. Sólo las pecadoras, lentas, graves, como vestales de un culto secreto, siguen su procesión silenciosa.

En un reloj han sonado tres campanadas.

De minuto en minuto, lo callado, lo inquietante y lo fantástico, va aumentando...

Las calles de La City.

Primeros pasos.

Lo primero que desconcierta a los viajeros en Buenos Aires, en e centro, entre la plaza de Mayo y la plaza del Congreso, entre el paseo de Julio y la avenida del Callao, es lo igual de las calles. «No hay medio de distinguirlas unas de otras», dicen. Y la verdad es que, fuera del gran bulevar y de la calle Florida, las demás vías comerciales son todas idénticas. Tres semanas llevo recorriéndolas, con curiosidades nunca saciadas, cariñosamente, ávidamente, y aun no logro darme cuenta del lugar en que me hallo. Los mismos argentinos, aunque no todos lo confiesan, me parece que cuando alguien les pregunta de improviso: «¿Dónde estamos?» dudan un minuto y buscan con la vista el monumento, o la tienda, o la perspectiva que puede orientarlos de un modo seguro. Que, hasta cierto punto, esta particularidad sea común a todas las ciudades nuevas, nadie lo niega. En Nueva York, en Berlín, en el mismo París de la Estrella y de Passy, cada vez que nos encontramos entre bulevares recién construídos experimentamos una sensación penosa de uniformidad y de monotonía. La gracia pintoresca de los laberintos antiguos, creados por el sabio capricho de los siglos, no ha seducido nunca a los fundadores de ciudades. Para que una población sea artística, casi puede asegurarse que es preciso que haya nacido de

izar. En cuanto los hombres, conquistadores o reformadores, se proponen hacer algo, no llegan sino a la belleza higiénica y cómoda, que es la peor de las bellezas. Y no me refiero únicamente a las civilizaciones modernas. En la antigua Grecia, los legisladores que, apoyados por los oráculos, trazaban de antemano los planos de sus metrópolis, crearon la fealdad de Esparta, nacida antes que las leyes que debían regirla. Pero la palma de la monotonía urbana debían llevársela nuestros lejanos abuelos los conquistadores al inventar é imponer en todo el nuevo mundo la teoría siniestra del damero con sus cuadros paralelos. ¡Ah, las manzanas, las odiosas manzanas de las Américas!

Los cronistas de la conquista, al hablar de la creación de Buenos Aires, dicen: «El teniente gobernador, en nombre del adelantado, divi»dió el terreno en dieciséis manzanas de Norte a Sur, y algunas menos »de Oriente a Poniente.» Lo de adelantado, que tanto hace sonreir en otros casos, aquí está bien escrito. Adelantándose a la deliciosa y absurda topografía de su época y de su patria, el Sr. D. Juan Torres de Vera y Aragón, servido por su ejecutor Juan de Garay, contribuyó a crear el tipo de ciudad cómoda que luego había de dar a un continente digno de mejor suerte una fealdad urbana innegable e insuperable.

El ilusorio confort.

Por fortuna para Buenos Aires, las calles, trazadas a cordel en otro tiempo, resultan hoy tan estrechas para su tráfico que todo el centro de la población se ha convertido en un hormiguero humano. Nunca, en ninguna parte se ha visto, en efecto, más gente y más coches en un espacio más reducido. Y en vano el admirable intendente Anchorena, haciendo acto de buena tiranía, impide que después de las doce del día circulen los carros, las carretas y los camiones. Por la tarde, como por la mañana, lo que en lenguaje municipal se llama «congestión» ataca a las treinta o cuarenta arterias principales de un modo tan grave que el Municipio ha tenido ya que decidirse a practicar las costosas sangrías de las diagonales. Lo que en París y en Londres constituye el famoso problema circulatorio, y que es más de coches que de personas, se complica aquí del peligro de las aceras, un peligro de muerte a veces. Porque figuraos unas bien llamadas «veredas», de un metro y medio de ancho, junto a las cuales pasa el tranvía eléctrico tan cerca, tan cerca, que un ademán amplio, cual los que en Marsella se acostumbran, le costaría un brazo al orador callejero.

—Y eso—me dice un argentino—que entre nosotros las mujeres elegantes no salen a pie sino muy rara vez; pero figúrese usted lo que esto será el día en que, imitando a las parisienses y a las neoyorquinas, nuestras porteñas se dediquen al deporte tan gentil del *shopping*...

—Por mi parte—le contesto—, siento en el alma que tal día no haya llegado aún.

Y es que, en realidad, lejos de quejarme de la incomodidad de las calles estrechas, lo celebro cual un presente de la Providencia. ¿Qué sería de este Buenos Aires, tirado a cordel, con sus manzanas todas iguales y sus calles hechas en un mismo molde, si no gozara de la vertiginosa alegría de sus congestiones?

Poco antes de salir de París tuve el disgusto de leer un estudio de mi muy querido Alberto Gerchunoff, en el que hay cosas tan estupendas que no parecen escritas por un artista, sino por un maquinista de Nueva York o de Chicago. Oid, hermanos, oid:

«Buenos Aires ofrece, respecto a las grandes capitales europeas, »ventajas de evidente superioridad. No tiene tradición, se dice, y esto »es su beneficio inmediato. ¿Cómo derrumbar una vieja columna, un »viejo paredón que impide el desarrollo lógico de una calle, de una ciu»dad, si esa columna, si ese paredón revive para el somnoliento eru»dito y para el turista distraído un sombrío poema o un hecho supues»to? No poseemos por allí columnas antiguas, muros evocadores. »Todo es nítido y todo es claro, como sus días de radiante sol. ¡Allá »va la constructora avalancha, el aluvión colosal del progreso, sin trope»zar con los nobles obstáculos de la vida extinguida, sin arredrarse »ante los espectros, sombras a su vez de olvidados espectros de los »siglos remotos!»

Después de esta sinfonía, he aquí la visión de la ciudad:

«Buenos Aires, ciudad populosa, hirviente, industriosa, fabril, ne»cesita el orden estricto, que no excluye la infinitud, que no rechaza, »sino caracteriza, a la grandiosidad. Es suntuosa porque el progreso, »que es aprovechamiento de la acción, es suntuario, como lo demues»tra la observación de una locomotora o de un transatlántico: el adorno »de bronce es un remache, es un esfuerzo; sirve a lo primordial siendo »ornamento. Empleamos ciegamente la mecánica, canalizamos la ela»boración de todos los talleres científicos del mundo, y por esa causa »Buenos Aires es tan cómodo, tan elegante, tan airoso en su simplici»dad absoluta. ¿Que el automóvil es más práctico que el coche? Bue»nos Aires se llena de automóviles. Y este detalle es definitivo. ¿No he »dicho que el bonaerense ama en lo posible la comodidad? Cada casa »alta tiene ascensor. Esto es nimio, al parecer; pero no lo es. El ascen»sor, de fabricación europea, es excepcional en París, por ejemplo, y »los hoteles que lo poseen lo anuncian en sus letreros como índice »sorprendente de su comodidad. Esos pormenores, huecos, según se »creería, de importancia, son determinativos de la forma de vivir de un »pueblo. Por eso los cito.»

Ya lo veis...

Cuando yo leí esta descripción, hecha por un escritor a quien admiro, estuve a punto de suspender mi viaje, ya arreglado y de cambiar mi pasaje transatlántico por un billete para los vapores del viejo Mediterráneo. ¡Ir a ver otro Nueva York, otro Chicago; ir a vivir entre tumultos de hierro, entre vértigos de ascensores, entre vibraciones de rieles!... ¡Ah, no!... Y fué necesario un esfuerzo de voluntad para no volverme atrás. Mas confieso que todavía a bordo del barco en que iba hacia el hemisferio austral, pensando en las palabras de Gerchunoff, entristecíame a veces ante la perspectiva de que, realmente, al llegar a Buenos Aires iba a encontrarme con una ciudad parecida a las famosas «casas eléctricas» de las Exposiciones universales, en las que no tiene uno necesidad de hacer el menor movimiento para ser servido.

«Ahí—decíame yo mismo, contándome un cuento de futuras mil y una noches—, ahí todo lo tendrá uno a medida de su antojo; ahí habrá aceras que andan solas; ahí, para atravesar las esquinas sin peligro de

ser aplastado por un quinientos caballos, tendrá uno puentes con escaleras automáticas iguales a la de la estación de Orleans; ahí habrá galerías cubiertas para ir de un extremo a otro sin mojarse ni asolearse; ahí se podrán las familias pasear por las alamedas de los barrios centrales sin miedo de atropellos; ahí las deliciosas terrazas de café abundarán de tal modo que no habrá una cuadra en que uno no pueda establecer su mirador; ahí nadie molestará ofreciendo billetes de lotería, ni flores, ni periódicos; ahí los coches no se pararán a cada instante para esperar que a un guardia municipal se le ocurra bajar su batuta blanca; ahí, en fin, será una realidad ese mito detrás del cual corren desolados todos los pueblos y que se llama confort...»

De todo esto venía yo tan seguro que ni siquiera se me ocurrió preguntarle a mis compañeros de viaje si había en mis esperanzas algo de fantástico. A pies juntillas creía en el Buenos Aires de Gerchunoff, y aquella creencia atormentábame cual una pesadilla a causa de mis amores retrógrados por pueblos que, como París, como Roma, como Viena, tienen la osadía de ser menos cómodos que Chicago y Berlín.

«Resignémonos» murmuré al desembarcar.

¡Cuál no sería, pues, mi sorpresa al encontrarme con que Buenos Aires, a pesar de todos sus esfuerzos, es aún deliciosamente incómodo!

¿Qué hay aquí, en efecto, de esas cosas eléctricas de que habla Gerchunoff? Por no verlos, ni teléfonos públicos en las esquinas, cual los de Tokío, descubro. En cambio, encuentro casi todo lo que dejé en París hace dos meses, a saber: las calles tan llenas de gente que no se puede andar por ellas, a menos de llevar poca prisa y mucha paciencia; el polvo, cuando hace viento, y el lodo, cuando llueve; los coches, que nos obligan a hacer prodigios funambulescos para atravesar las calles; los vendedores ambulantes, que no me permiten saborear en paz mis ensueños en la terraza de un café...

Pero confieso que, lejos de quejarme de ésto, lo celebro de todo corazón, pensando en lo aburrido que debe ser un pueblo que llega a realizar el ideal que todos los alcaldes, prefectos e intendentes tienen del adelanto y de la belleza urbana en este nuestro siglo detestable.

La vida intensa.

En Buenos Aires, tan limpio y tan alegre, la belleza resultaría enteramente parisiense de no ser por las malditas líneas rectas, que hacen imposible las perspectivas y que imponen la monotonía. Pero si uno llega a resignarse y a no tratar de ver los monumentos de las calles céntricas, se encuentra, de verdad, en París, y hasta puede decirse en un París más rico, más sonriente, más feliz de aspecto que el de Europa.

—Note usted que no tenemos mendigos—oigo a menudo asegurar á los argentinos.

No hay, en efecto, ni mendigos, ni frailes, ni perros, ni ciclistas en esta villa dichosa. En cambio, parece que las moscas... Pero ¿a qué me meto yo en observaciones a lo Jules Huret?... Lo que me interesa es la vida calleiera con su vértigo elegante, los perpetuos cortejos de

coches, que dejan ver a través de sus cristales siluetas alucinadoras; el ir y venir activo, fuerte, sano de sus hombres de trabajo; el lujo de sus tiendas, de sus hoteles, de sus cafés; lo que representa vida, movimiento, acción, fuerza y esperanza, en fin. Y esto, aunque se desarrolle en un marco que nada tiene de cómodo, entre el griterío de los que venden billetes de lotería, periódicos, flores, y el fracaso ensordecedor de las trompetas de automóviles, y el repique perpetuo de las campanas de tranvía, tiene la verdadera belleza, no diré moderna, sino eterna, que es la belleza de las fuertes palpitaciones humanas, la misma que encontramos en las evocaciones de la Roma pletórica de hace veinte siglos y en la Florencia congestionada del tiempo de los Médicis, la belleza de París y de Viena, la más real de todas, la única quizá. Porque las manifestaciones estéticas de actividad de las ciudades privilegiadas no pueden existir sino en los pueblos que unen a la acción el buen gusto. Ved Berlín, por ejemplo: en sus calles, ricas y laboriosas, las multitudes son feas, son sombrías. Y es que Berlín no sonríe, como tampoco sonríe Chicago. Pero Buenos Aires, que forma parte del mundo latino, tiene otra alma, y por eso cuando se apiña en sus calles incómodas parece que se divierte, y cuando llena el espacio con el rumor de su negocio diríase que canta.

¡Oh, vida intensa de Esmeralda, de Corrientes, de Cuyo, de Maipú, de todos los callejones interminables de la *city*, cuán poco os parecéis a las visiones que en general se forma el mundo de lo que es una gran ciudad americana! Todos los que venimos de lejos hacia vosotras traemos prejuicios que han hecho nacer los que, queriendo halagaros, os quitan lo que tenéis de mejor, que es la expresión, el carácter, el temperamento. Os imaginamos eléctricas, y no sois sino nerviosas... Os vemos pobladas de rascacielos de acero, y aún os divertís, cual las viejas aldeas españolas, en poner flores en vuestras ventanas... Os creemos sólo ocupadas de negocio, y en vuestra estrechez generosa siempre reserváis un espacio para que los desocupados vean pasar a las mujeres airosas... Os tememos positivas, positivas hasta el yanquismo, y os encontramos llenas de frivolidades encantadoras... Os llamamos *parvenues*, en fin, y luego nos encontramos con que, si lo sois, lo parecéis mucho menos que cien linajudas de Europa; de tal modo en vuestro orgullo nada hiere, en vuestra riqueza nada choca y en vuestro movimiento todo gusta...

La ciudad prócer.

¿De qué época data este barrio central por donde ahora me paseo? A cada momento, un amigo que apenas ha cumplido los cuarenta años me dice, señalándome la avenida de Mayo:

—Todo lo he visto yo salir del suelo.

Y vuelvo los ojos hacia las fachadas, y por más que las contemplo nada encuentro que denote en ellas la insolente juventud de los palacios de Barcelona, de Munich o de Nueva York. En ninguna parte brilla la piedra blanca, blanca, blanca, de Broodway y del paseo de Gracia. Verdad es que aquí no hay piedra, lo que hace gemir a Anatole France;

pero sean de lo que sean esos muros que se alzan por todas partes, una delicada pátina que parece obra de siglos da al conjunto un tono gris suave, agradable, de muy buen gusto y, si me es permitido hablar el lenguaje del Ateneo madrileño, muy «prócer».

Muy prócer, sí, muy hidalgo, muy caballeresco es el aspecto de este pueblo. Así, yo lo veo, en una imagen simbólica de su futura grandeza, siempre vestido de negociante, de industrial y de banquero; siempre preocupado de ganar oro, mucho oro, es cierto; pero no con un continente de Uncle Sam, no, sino conservando la arrogancia gentil de aquellos traficantes florentinos del Renacimiento, que sabían vestir de terciopelo sus esfuerzos y florecer de lises sus codicias.

Florida la bien nombrada.

La calle original.

Todo lo que pueda soñarse de lujo, de alegría, de encantadora frivolidad, de buen gusto suntuoso, se halla reunido en esta calle.

—Si fuera algo más ancha—aseguran algunos—, sería una rue de la Paix, un Bond Street...

Cierto. Sólo que ya no sería Florida. Y su belleza, su carácter, su estilo, si puedo expresarme así, está justamente en no ser una copia de ninguna arteria europea. Porque así como en la avenida de Mayo uno se dice, desde luego: «Este es el bulevar», aquí, aun queriendo encontrar puntos de comparación, tiene uno que preguntarse: «¿A qué se parece ésto?»

Y si se parece, hasta cierto punto, a las alegres calles de las capitales italianas; si tiene algo de la deliciosa y bulliciosa Sierpes, de Sevilla; si rivaliza en magnificencia con las más ricas vías parisienses, no es nunca posible contestar:

—Es un reflejo de tal sitio.

No, no es un reflejo. Es tal vez una síntesis, hecha con arte exquisito, de todo lo que hay en Europa de más distinguido, de más animado, de más brillante, de más moderno. Pero, o mucho me equivoco, o esta síntesis tiene ya una marca peculiar y expresiva que la hace inconfundible e inolvidable. Las mismas calles que la rodean, y que son iguales en trazado y en arquitectura, no tienen con ella punto ninguno de contacto estético. Su animación resulta, si no más intensa, sí más armoniosa, más rítmica, que la del resto de la *city*. La gente no corre por sus aceras, ni se codea en sus encrucijadas, ni se atropella en sus esquinas. Mejor que una arteria comercial parece un paseo.

Y, en efecto, eso es, con sus innumerables tiendas de amenas suntuosidades, con sus letreros áureos que corren por los balcones anunciando trajes y mantos, con sus confiterías aristocráticas, con sus escaparates llenos de pedrerías, con sus numerosas exposiciones de arte. Y al mismo tiempo es otra cosa más risueña y más íntima: es casi un salón en el cual nadie tiene prisa.

Las damas.

En otro tiempo, según dicen, las damas no se atrevían a pasar por estas aceras, temerosas de la juvenil galantería. ¡Cómo me acuerdo de un famoso artículo publicado hace cinco años por *Le Matin*, de París, y en el cual los peripatéticos de Florida aparecían pintados con colores algo salvajes!

—Exageradísimo es ésto—me aseguró entonces un diplomático argentino:

Y agregó:

—Falso del todo, no...

Hoy supongo que los jóvenes aquellos ya han muerto, pues no sólo nada me choca en las maneras de los que se detienen en las puertas de las tiendas para ver pasar a las muchachas, sino que hasta los encuentro mucho más finos, mucho más discretos que sus hermanos de Europa. ¡Venid aquí, tenorios de la Carrera de San Jerónimo, venid y aprended a admirar sin insolencia y a cortejar sin grosería! Y vosotros también, los morenos señoritos de las galerías de Milán, haced el viaje hasta esta tierra si queréis recibir una lección de galanteo distinguido... Las leyendas son tan tenaces, sin embargo, que en Buenos Aires mismo he oído a más de una persona grave quejarse del poco respeto con que los jóvenes «bien» se conducen en la alegre calle.

—Yo—decía anoche un porteño distinguido—no le permitiría a mi mujer que fuera a pasearse por Florida como se pasean las señoras por la rue de la Paix.

—Y en París—le pregunto—, y en Roma, y en Madrid, ¿le permitiría usted que fuese sola a las calles centrales?

—Sí, señor... En Europa los hombres son más finos.

—Yo, que vivo en París, tengo una idea contraria, señor mío.

Las porteñas me parece que piensan como yo, pues a ciertas horas se las ve recorrer la vía de todas las elegancias sin dar muestras, ya no digo de tener miedo, pero ni siquiera sentir el menor recelo. Y esto es justamente lo que adorna, lo que florece a Florida; esto es lo que le da su aspecto delicioso y risueño; esto es lo que, perfumándola, la hace muy distinta de las ruidosas arterias vecinas, por las cuales casi sólo hombres pasan.

Esplendores.

—¿Ha visto usted algo más rico?—me pregunta mi amigo mostrándome las vidrieras de las joyerías.

No es la riqueza lo que a mí me pasma; es el buen gusto, el refinamiento, el supremo *chic*. Todas las piedras preciosas están ahí; pero no cual en los escaparates de Nueva York, ostentando sus quilates con la enorme grosería de su precio, no, sino como excusando su valor de mercadería entre las gracias artísticas de sus engarces. Los Lalique, los Brindeau, los Tiffani, los magos de la joyería, parecen haber escogido estas vidrieras para exponer sus más perfectas obras.

y no son sólo los objetos de oro los que aquí merecen el nombre de joyas. Cada *deventure* representa un joyel. Esos sombreros, que vienen seguramente de algún Lewis o de alguna Carolina Reboux, son joyas; esos trajes, dignos de Poiret y de Marthe Wingrove, son joyas; esos encajes, en los cuales hay tantos ensueños hilados, son joyas; esos zapatitos minúsculos, que yo quería tener en mi mesa de trabajo para llenarlos de flores como búcaros de seda, son joyas; esos *bibelots* menudos, frágiles, translúcidos, son joyas; esas *echarpes* flotantes, con reflejos de cielo y agua, son joyas; esas medias transparentes, caladas y pintadas, que estiran su garbo tentador en inmóviles pantorrillas de cera, son joyas... Para adornar dignamente al único ídolo que no conoce iconoclastas, al eterno y omnipotente ídolo femenino, la industria moderna tiene siempre, en todas partes, manos liberales de joyero. Mas aquí a la liberalidad se une la delicadeza. Ni en la rue de la Paix, en efecto, ni en Bond Street, ni en el Groben he visto tanta exquisitez unida a tanto lujo... ¡Y pensar que aún hay, no obstante, en el mundo millares y millones de seres que, si quieren hablar de algo que es caro y sin gusto, dicen con desprecio: «¡Eso está hecho para América!»

America, encarnada en su metrópoli argentina, no tiene hoy, estéticamente, nada que envidiar. Sólo que ¿cómo hacer comprender tal verdad a Europa? Yo mismo confieso con rubor que, cuando Rubén Darío me pronunciaba largos discursos familiares sobre el refinamiento de Buenos Aires, no podía dejar de pensar que todo aquello era una gentil exageración de poeta.

Esto es Turquía.

—¿Quiere usted entrar aquí?

Es una confitería. De un lado están los hombres, sólo los hombres, del lado opuesto, las mujeres; entre unos y otros, un inmenso tabique hace imposible la menor comunicación.

—Aquí—le confieso a mi compañero—ya no me siento en París, ni en Milán, ni siquiera en Madrid. Aquí estoy en Turquía con su haremlik y su salem-lik.

Mi amigo sonríe.

Yo me siento triste, triste, triste, al pensar en todo lo que representa de prejuicios coloniales esta costumbre argentina, que mantiene en algunos teatros la célebre cazuela del tiempo de Quevedo y que divide ciertas confiterías en dos campos extraños, casi hostiles. Y las líneas de Huret sobre este asunto, que tan fantásticas me parecían hace algún tiempo, acuden ahora a mi memoria como una pintura tristemente fiel.

«Los hombres y las mujeres—dice el viajero francés—se ven, es »verdad; pero separadamente. Los hombres se reunen en el club o en »sus tertulias para hablar de los sucesos políticos o de sus estancias, »y las mujeres, por su parte, organizan bailes, tés, *bridges* y *garden-»parties*, de las que son excluídos los hombres. Además, las mujeres »se visitan con frecuencia, reuniéndose las amigas por la noche, des»pués de cenar, cuando los maridos se han marchado. Así, pues, fuera

»de la familia, se desliza divergentemente la existencia de los hombres »y la de las mujeres. Por otra parte, las conversaciones de salón son, »por lo general, bastante anodinas. Cuando las mujeres han pedido a »los hombres noticias de sus estancias, dándoselas ellas a su vez »acerca de sus hijos, languidece la conversación por falta de tema.»

La gracia femenina.

Mi amigo me dice:

—Hay, en la idea que usted se forma de las relaciones entre los sexos, un error excusable. Esta confitería es un resto de antiguas costumbres. Entre usted en el *five-o-clok* de al lado, en el mundano Rumpelmeyer, y verá que el tabique no existe. Es más: verá usted que los jóvenes se acercan a las mesas de las señoritas con una familiaridad que en Europa misma no es común. Nuestras niñas solteras viven libres, van a los tés, frecuentan las Exposiciones y en todas partes forman esos deliciosos grupos gorjeantes, en los cuales las finas siluetas de las rubias se confunden con los airosos talles de las morenas. Las que en nuestra sociedad no salen solas, las que viven en una especie de reclusión, son las casadas jóvenes. Lea usted bien las líneas de Huret y verá que se refieren a las señoras, no a las señoritas. ¿Quiere usted entrar en casa de Rumpelmeyer? Ahí veremos mujeres bonitas.

—Quiero entrar en todas partes—le contesto sin gran entusiasmo.

Pero apenas he subido la escalera que conduce al vasto salón del té y de la música, una visión encantadora me hace sentirme a mil leguas de la curiosa confitería de al lado. Ya no estoy en Turquía. Ya he vuelto a París. Por todas partes los más divinos rostros, los más esbeltos cuerpos, las más elegantes *toilettes*...

—Decididamente—le digo a mi compañero—, no hay mujer más bonita que la argentina... Es un don que el cielo ha hecho a este país.

Mi amigo sonríe.

—En efecto—contéstame—; hay en nuestra ciudad muchas chicas lindas, y aun las que no lo son tienen algo que cautiva. Pero no es obra divina, sino obra humana, muy humana, esa seducción. Porque la *joliese* se adquiere, no como algunas damas se lo figuran, por medio de afeites y de adornos, no por arte de coqueterías, no en casa de la costurera, sino por un trabajo de cultivo primoroso, ni más ni menos que la forma de ciertas especies de flores y la fineza de ciertas razas animales... Vea usted, por ejemplo, el caballo angloargentino... ¿Le parece un producto espontáneo de la Naturaleza? Claro que no. Es una obra de arte viva. Cada una de sus cualidades viene de cuidados escrupulosos. Pues bien; con la mujer bonita, con la mujer que seduce sonriendo, con la mujer que es un ídolo, pasa lo propio. Sus gracias, sus miradas, sus sonrisas, sus movimientos, sus mismas líneas, sus curvas delicadísimas, son producto de un cultivo exquisito. En otro tiempo, sólo Francia producía estas especies de criaturas de encanto y de seducción. Ahora ya hay, no otros dos países, pero sí otras dos ciudades que han logrado crear un tipo digno de rivalizar con el parisiense: son Nueva York y Buenos Aires. En muchas partes. En Espa-

fia, en Italia, hay mujeres muy bellas; mujeres que, aun sin ser bellas, sean seductoras, no. Nuestras muchachas, casi todas nuestras muchachas, poseen el secreto o el don de la seducción. ¿En qué consiste ese secreto? ¡Vaya usted a saberlo! En todo y en nada. Es un sutil aliento de voluptuosidad espiritual que hace, alrededor de ellas, palpitar las sienes; es un fuego ligero que, cuando ellas pasan, deja una huella de gracia cálida; es un misterio, en fin, un diabólico misterio de esencia ideal. Pero ese misterio ideal es obra de industria casi material. Cultive usted cualquier otro tipo de mujer y obtendrá el mismo resultado. El ejemplo de Atenas nos lo prueba. Usted sabe que en la antigüedad la ateniense tenía fama de no ser linda y de ser, en cambio, seductora. Las bellezas espléndidas iban al Ática de las islas asiáticas. La tierra de Minerva sólo producía *petites femmes;* mas esas *petites femmes* se llamaban Aspasia, Lais, Friné... En París, las mujeres que hacen palidecer al mundo entero no tienen la belleza augusta de una Fatma, nacida en Oriente. Lo que tienen es algo de que las otras mujeres carecen: la gracia, la divina gracia moderna, la gracia que nuestras porteñas poseen también y que nos llena de orgullo a nosotros. Es una flor que nosotros cultivamos con amor desde hace casi un siglo; es decir, desde que podemos pensar en el lujo, en el arte... Quizás hasta hoy sea nuestra única obra de arte...

El palacio de las tentaciones.

Sonriendo y deteniéndose ante una puerta, me pregunta:

—¿Quiere usted entrar?

Estamos ya al final de Florida. El ruido de los automóviles de la avenida de Mayo llega hasta nuestros oídos, haciéndonos sentir que dentro de un instante habrá terminado nuestra deliciosa peregrinación por la extraña y admirable calle. Para prolongar el encanto de la hora me dejo guiar por mi amigo y penetro en una tienda que, desde fuera, no me ha parecido sino enorme. ¡Cuál no es mi sorpresa al hallarme de pronto trasladado a la verdadera capital de las elegancias! ¿Es el Printemps, con sus mil empleadas gentiles y su perpetuo frou-frou de sedas ajadas por manos aristocráticas?... ¿Es el Louvre y su interminable exposición de objetos preciosos?... ¿Son las galerías Lafayette, con sus enjambres gorjeantes de muchachas bonitas que se prueban los sombreros más excéntricos con la mayor naturalidad?... Es todo eso junto; es el alcázar de los ensueños femeninos; es el antro en que las brujas han amontonado lo que hace palpitar el alma de Margarita; es, en una palabra, el palacio de las tentaciones. Emilio Zola llamó a uno de estos almacenes *Au bonheur des dames.* Lo de *bonheur,* cuando uno se fija en ciertas miradas, en ciertas actitudes, en ciertas sonrisas, parece algo irónico. No es la dulzura desinteresada que proporciona un museo, en efecto, lo que en lugares cual éste se nota. Es el temible, el imperioso, el tiránico deseo. ¿Cómo resistir a todo lo que así atrae? En las tiendas, en general, los objetos no aparecen ante la compradora sino a través de los cristales de las vidrieras... Aquí, lo más raro y lo más caro, lo más frágil, lo más exquisito, lo más vapo-

toso, los encajes, las gasas, los velos, las cintas, las pieles, todo lo que constituye el adorno del icono femenino está al alcance de las manos. Y las manos, las pálidas manos, nerviosas, se acercan, tocan, digo, no, acarician, lo que la coquetería codicia, y poco a poco, al contacto de lo que es tibio y suave, una embriaguez verdadera aduéñase del ánimo mujeril.

Mi amigo me dice, lleno de orgullo.

—Estos almacenes que a usted le parecen inmensos no son sino una de las secciones de la Casa Gath y Chaves... Hace un instante pasó usted ante otros inmensos edificios que forman parte de la misma Empresa... Mayores, más ricos, más suntuosos, no existen en todo Sud-América... ¡Qué digo!... No sé si hay en París o en Londres algo que se le pueda comparar, con sus varios palacios, con sus millares de empleados, con sus formidables introducciones de todo lo que el mundo fabrica, no sólo para el adorno de la mujer, sino para todo lo necesario a la vida... Las cifras...

Mientras mi amigo, con su manía muy argentina de hablar de números y de precios, continúa pintándome la grandeza de la casa legendaria, yo, siempre pueril, sigo el paso rítmico de las mujeres que, como mariposas, revolotean alrededor de las tentaciones. Ahora mismo acaba de posarse ante un amontonamiento de sedas una rubia de grandes ojos ingenuos. Primero contempla sin moverse las telas, y su mirada azul va de los rasos luminosos a los tenues fulares. Pero poco a poco adviértese que su curiosidad se convierte en entusiasmo. Con la imaginación, ella admira, sin duda, su propio cuerpo envuelto en esos tules diáfanos, en esos broches magníficos, en esos secos tafetanes. Febril y pálida, escoge. ¿Cuál es el tisú que mejor puede convenirle?... Su duda es un tormento. Sus dedos van de una tela a otra tela, poniendo sus blancas manos de marfil entre los esmaltes de la policromía moderna. En sus ojos, que se han tornado obscuros, una llama brilla, que indica la dominación del deseo avasallador.

Como ésta son millares, son millones, todos los días, a todas horas, en las grandes ciudades del lujo.

¡Y qué bien se comprende tal embriaguez ante tanta tentación! Lo que puede seducir, atraer, halagar, se halla en estos alcázares, desde el guante blanco hasta la peluca de color, desde la camisilla íntima hasta el aparatoso manto de armiño. La pura Verdad desnuda, al salir de un pozo, podría entrar por la puerta de la derecha, y al cabo de algunas horas se marcharía por la de la izquierda, convertida en la divina Mentira vestida. No hay mujer, no hay ninguna mujer, que resista a esta abundancia, a este lujo, a este derroche, que parece obra diabólica.

Mi amigo, que no quiere fijarse en el perpetuo drama que se representa en estos palacios de las tentaciones, me dice:

—Marchémonos.

Y nos marchamos. Y yo pienso, pero sin decirlo, por miedo a parecer frívolo; yo pienso sinceramente, que tal vez de todo cuanto se llama progreso lo único que significa una perfección completa, es el arte supremo de los que han sabido crear las industrias para embellecer a la mujer, y pienso también que lo que mejor caracteriza a una gran capital son sus palacios de tentaciones.

El tango.

Es en un barrio lejano, sórdido y casi desierto. En el suelo, lleno de agua, las raras luces del alumbrado público se reflejan con lividecs espectrales. Por la acera, verdadera «vereda», marchamos a saltos sobre los charcos los tres invitados del hombre que mejor conoce los arrabales porteños. Delante, haciendo nobles discursos sobre la música popular, va Blasco Ibáñez. Detrás de él, callado y nervioso, camina Emilio Thuiller. Yo trato de no abandonar a nuestro genial *cicerone*.

—Claro que no será como lo que usted ha visto en París—exclama éste—. Para eso hay que ir a los *cabarets* del centro, donde las muchachas de Francia.

Mas no son muchachas de Francia, no, ni tampoco gracias afinadas y estilizadas lo que yo deseo ver, sino flores naturales del tango porteño y ondulaciones orilleras.

—Eso verá—murmura.

Luego, excusándose:

—Sólo que va usted a notar la diferencia... Aquí se baila sin arte... El tango, tal cual los europeos lo han transformado, es una danza mucho más elegante que la de nuestros compadritos. Lo que yo quiero enseñarle ahora es una cosa muy ordinaria... Ya ve usted el barrio...

Más que ordinario resulta el antro en el cual acabamos de penetrar. Es una vasta sala sin ningún adorno, sin papel siquiera en las paredes y apenas iluminada por unos cuantos mecheros de gas. En el fondo, en una especie de jaula de madera, seis músicos preparan sus instrumentos. Amontonados alrededor de unas cuantas mesas sucias, un centenar de parroquianos beben, charlan, ríen. Al principio es difícil darse cuenta del aspecto de la gente. Los hombres, delgados y jóvenes en general, con sus sombreros hongos y sus cabellos largos por detrás, parecen responder a lo que se llama el tipo del «compadrito». Las mujeres forman una humanidad más heterogénea. Las hay que resultan verdaderas niñas, con sus grandes ojos cándidos muy abiertos en sus rostros sonrosados, y las hay que tienen caras de abuelas, de tal modo la edad está marcada en las arrugas de sus mejillas. Pero las más inquietantes también—no son ni éstas ni aquéllas, sino las muchachas delgadas, pálidas, ojerosas y serpentinas, que, con una sonrisa uniforme, miran a todo el que entra de una manera espectral y provocante.

—Curioso—murmura Thuillier.

—¡Estupendo!—exclama Blasco Ibáñez.

Nuestro guía me lleva hacia la jaula de los músicos para ofrecerme una silla y para pedir un tango.

—Estas criaturas—me dice—son, moral y materialmente, lo más bajo que hay en Buenos Aires. Para descubrirlas es preciso venir hasta aquí, hasta las orillas del río. Fíjese usted en sus trajes, y notará lo poco que las infelices saben de lujo y de modas.

Los harapos vistosos de las pecadoras son, en efecto, tan variados como sus tipos. Hay mujeres gordas y maduras que ostentan con orgullo trajes de Claudinas, dejando descubiertas las redondas pantorri-

llas con un aire que quiere ser infantil y que no es sino infame. Las hay también jóvenes, muy pintadas y muy coquetas, que realizan el triste milagro de parecer elegantes con trapos de hace diez años. Y las hay ingenuas y gentiles que unen un corpiño de baile a una falda *tailleur*. Y las hay que, renunciando a toda lucha, proclaman, con un lamentable abandono, la miseria de las supremas derrotas.

Mi *cicerone* comienza a indicarme a algunas que fueron en otro tiempo estrellas galantes.

—Aquí—me dice—se vive más deprisa que en Europa... La belleza dura menos... La fortuna...

Los preludios de la orquesta le obligan a callar. De los violines humildes brota, con sus languideces ponderadas y sutiles, el ritmo delicioso del tango. Es el mismo que he oído en todo el mundo, a todas horas; es el tango clásico, el más conocido de la gente, el que hasta los organillos de Oriente saben ya tocar. Pero, lejos de quejarme de no escuchar algo nuevo, me alegro de que sea con tales notas, que son las mismas que sirven a las lindas parisienses en sus fiestas, con las que vamos, al fin, a ver el baile porteño en su manifestación más arrabalera.

Ahí viene, lenta y comedida, una pareja... Luego otra, que parece seguir a la primera... Luego otras, no muchas: diez o doce... Y pasan ante mi observatorio sin prisa, sin violencia, casi sin entusiasmo, contando, sin duda, los pasos, preparándose para los cortes, cuidándose de no equivocarse... Y poco a poco la atmósfera se anima, no con la vida ardiente de los antros de la Bombilla madrileña, donde las parejas se ciñen en abrazos apretados, sino con la fiebre artificiosa y algo teatral de los «tés» parisinos. Porque, a pesar de lo que dicen casi todos, el baile es el mismo aquí, en su cuna de cieno, que en los palacios áureos a los cuales ha sido trasplantado por la moda europea.

Viendo pasar y repasar las parejas, yo me pregunto cuáles pueden ser las razones para que esta danza haya provocado, no sólo los anatemas de los obispos, sino también el entredicho de la sociedad porteña.

—¡Oh!... ¡El tango!—exclaman las damas de Buenos Aires, como si se tratara de una cosa monstruosa.

Y cuando alguien dice que en una Embajada argentina se ha tangueado alguna noche, su excelencia el señor embajador hace cablegrafiar al Gobierno y a la Prensa de su país protestando contra tal calumnia.

«Eso mancha la reputación de nuestras damas», ha escrito uno de los espíritus más distinguidos del país.

¿Eso?... Al contrario. Eso, en el *bouge* donde antes no veíamos sino miseria y vicio, crispación y sordidez, ha creado, en el acto, con la magia de su ritmo pausado y señorial, que parece alargar las siluetas y afinar los talles, una atmósfera de fiesta galante, mundana y comedida. No reconozco, en efecto, en estas parejas ni a los compadritos del hongo sobre la oreja ni a las tristes pecadoras de los harapos disparatados. Sin enlazarse, casi sin tocarse, mirando más sus pasos que sus rostros, sonríen con una sonrisa grave, igual en todos los labios, y ondulan en pasos complicados, como si estuvieran celebrando un rito de ceremoniosas armonías. ¿Dónde está el pecado, dónde está la perversidad, dónde está la lascivia en esta danza? Es más: ¿dónde está el voluptuoso abandono de casi todos los valses vieneses?

El tango...

Hay, sin duda, un tango terrible y magnífico que es, no sólo la pantomima del amor, cual otros muchos bailes, sino la imagen palpitante del espasmo. Es el tango español, hecho de sobresaltos, de temblores, de crispaciones y de agonías voluptuosas. Pocas noches ha, en pleno centro de Buenos Aires, en un teatro de los más elegantes, ante una concurrencia distinguidísima, vi a una muchacha de Sevilla que bailaba tangos flamencos. Era un bello espectáculo, seguramente, ante el cual, sin darse cuenta de ello, la asistencia embriagábase de voluptuosidad.

—¡Viva tu madre!—le gritaban los galanes sencillos de las galerías.

Y oyendo la exclamación tan española, yo pensaba que aquella chica, casi anónima, podía muy bien ser una hija de la Puga, fina y desnuda, a quien Barrés consagró uno de sus madrigales gaditanos. ¡Ah, sí! En su menuda persona palpitaba todo el instinto sagrado del amor puro y salvaje, y su belleza aniliosa, estremeciéndose a impulso de un instinto indomable, ponía, cual una hostia púrpura, en los labios de sus admiradores de una noche, la sublime sensación de lo que no cambia nunca: del deseo, del placer, del vértigo...

Pero a no ser el nombre, ¿qué tiene de común el tango andaluz, bárbaro, sublime y patético, con su hermano el tango argentino, fino, felino y cortesano?...

El baile que veo esta noche en este *bouge* de Buenos Aires, y que es el mismo que he visto antes en los salones parisienses, lejos de encarnar el triunfo religioso de la santa, sana y fuerte Venus popular, personifica el estudio, el dominio de sí mismo, la aplicación sabia y el artificio refinado. No hay en él ni una nota, ni un ritmo, ni un paso, ni un gesto, ni una actitud, que sean naturales, que sean francos, que hayan nacido de la tierra cubierta de sudor amoroso, cual una flor silvestre. Ya la sola indicación de que, según la frase técnica, se trata «de una danza a contratiempo», indica su carácter afectado y docto. Pero esto no es todo. Cada detalle, cada movimiento, cada figura, cada ondulación, cada balanceo, son de una sabiduría afectadísima.

¿Es verdad que esta danza es la que bailan los ganaderos en la pampa y los marineros en los lupanares de los puertos más alejados de Buenos Aires? La gente lo cree porque los periódicos lo dicen. Pero yo no puedo, lógicamente, aceptarlo. El pueblo del campo y la plebe de las provincias, no tienen tiempo para aprender danzas complicadas. Más que de suburbios, por lo demás, el tango parece salir de algún hotel de Rambouillet del arte coreográfico, de tal modo su conjunto es un dechado de suaves *preciosités* y de elegantes complicaciones. En nuestro siglo, positivo y breve, hasta algo anacrónico resulta con sus treinta y dos figuras o pasos diferentes. Viéndolo bien, sin prevenciones, uno se dice:

—Este baile es un hermano de aquellas lánguidas pavanas y de aquellos ceremoniosos minués del siglo XVIII. Es un baile de corte...

Una anécdota hace ver las dificultades del tango, al mismo tiempo que su pureza. Cuando Richepin comenzó a escribir su *Tango*, las dos actrices que debían representar los principales papeles, mademoiselle Lavalliére y mademoiselle Spinelly, se pusieron a aprender el nuevo baile. La noche de la *première*, no obstante, algunos espectadores entendidos en la materia notaron que lo que las dos lindas parisienses bailaban no era el tango. Interrogada por *Le Matin*, Mlle. Lavalliére contestó:

—Es cierto; lo que bailamos es una especie de *matchicha*...; el tango es demasiado difícil de aprenderse en unas cuantas semanas... Y, además, no es bastante voluptuoso...

Cierto. El tango argentino, tal cual en París se practica, es una danza lenta, elegante, distinguida, aristocrática, casta y complicada. Las parejas van contando los pasos con un cuidado extraordinario. El menor error, y todo está perdido. Cada gesto corresponde a una regla severa e invariable. Y no hay uno solo de sus movimientos, así, ni uno sólo, que la más pura señorita no pueda ejecutar.

Pero lo extraño, lo inexplicable, es que el tango que esta noche veo en este bajo y vil *bouge* de Buenos Aires no se diferencia del tango parisiense en ningún detalle esencial. Las bailadoras de Luna-Park son, de fijo, más hermosas, más lujosas, más graciosas y más airosas que las de aquí. El baile es el mismo. ¿Consistirá tal fenómeno en que la influencia del refinamiento parisiense ha llegado ya hasta tan miserable y lejano arrabal? Lo ignoro.

Nuestro guía, no obstante, sigue convencido de que acaba de hacernos ver un espectáculo vulgarísimo, y se excusa diciéndonos de nuevo:

—Esto no es París...

Y cuando le aseguro que no veo diferencia entre el tango denigrado de la Boca y el adorado tango de Montmartre exclama:

—¡Parece mentira! No ve usted que esta es una danza de lo más grosero, de lo más plebeyo... (1).

—Lo que parece mentira—le contesto—es que sea una danza popular, cuando parece hecha para ceremonias cortesanas...

La fiebre del oro.

Hay en Buenos Aires una esquina famosa, a la cual acude la gente para contemplar el espectáculo que más puede interesar a un pueblo como éste. En apariencia, todo es ahí lo mismo que en las demás esquinas del centro. Los hombres pasan rápidamente. Y vosotros, los que no estáis iniciados en los secretos del Banco y de las Bolsas, ni siquiera volvéis hacia ellos la vista. Pero los verdaderos ciudadanos de la metrópoli, los que sienten palpitar en su pecho el corazón ávido y fantástico del negocio, ven en cada uno de esos pasantes a un héroe de cuento de hadas. Deteneos un minuto junto a un grupo y oiréis:

—Aquél vino sin nada... ni más ni menos que tú... y hoy tiene cien leguas de tierra en la Pampa.

O bien:

—Ese es el que quebró en 1889... Estuvo en la cárcel... Ahora es cien veces millonario...

O bien:

—El más pequeño es el propietario del Banco... Yo le conocí descalzo en el muelle...

---

(1) A última hora encuentro, en un artículo injusto de Leopoldo Lugones, una frase justa. Hela aquí, fechada en París y escrita en francés: «Soulement le tanga, l'y insiste, se danse ici comme là-bas.» Es cierto... Y aquí y allá es delicioso, querido y gran poeta.

Y es de observar entonces el fervor supersticioso con el cual los que esperan y desean, y codician, contemplan a los que ya han sido canonizados por el éxito. Dueños de grandes riquezas en una época en que la riqueza es el mayor atractivo de la vida, los banqueros aparecen cual la encarnación de la dicha, del poderío, de la fuerza, de la tranquilidad. ¿Qué pueden temer, qué pueden desear, de qué pueden preocuparse siendo tan ricos? Cuando la gente sensata les cuenta los millones, acaba por exclamar:

—¡Con unos cuantos que me diera, ya no querría yo nada más!... ¿Para qué amontonar centenares, cuando cuatro o cinco bastan?...

Es cierto... Cuatro millones, cinco millones, ¿qué más ha de querer un millonario cuerdo para gozar de la existencia?

Yo, por mi parte, confieso, empero, que el banquero o el bolsista que sabe detenerse a tiempo y marcharse con sus novecientos mil dólares de renta anuales bien saneados, no me interesa. Mis millonarios son los que carecen de cordura y no se detienen nunca, por muchos millones que posean. En esta fiebre, en efecto, es donde reside la grandeza verdadera del gran acaparador de riquezas. El que, una vez dueño de la fortuna que puede darle lo que en nuestra época se compra, piensa en retirarse de los negocios, en aprovechar lo adquirido, en gozar, en fin, de la vida, es como el conquistador que se contenta con el primer pueblo sometido a su fuerza. La Historia está llena de ejemplos de esta clase; pero son ejemplos que nadie recuerda. En cambio, César, Carlomagno y Napoleón, conquistadores que conquistan por conquistar, que ni siquiera conocen las tierras que poseen, que no calculan lo que valen los países, sino únicamente el esfuerzo que se necesita para adquirirlos, aparecen en el mundo como seres sobrenaturales. ¿Y qué son los Astor, los Vanderbild, los Rockefeller, los Mackay, sino grandes conquistadores del oro, caballeros errantes de un ideal, locos perseguidores de una quimera? Entre ciertos sabios ya es cosa vulgar la creencia de que la sed de los millonarios obedece a una verdadera enfermedad o, mejor dicho, a un desequilibrio. El oro no tiene en sí mismo nada que pueda atraerlos. Viviendo una vida de trabajo y de fatiga, no piensan jamás en placeres. Desde que se levantan hasta que se acuestan no hacen más que trabajar. En sus oficinas, en sus estancias, en sus Bancos, en todas partes, son los primeros. Sólo en el descanso son los últimos. ¡Qué digo descanso! La palabra misma choca cuando se trata de estos seres.

Y el trabajo no es nada. Lo trágico es el perpetuo temblor que agita sus almas. Porque en la realidad, lo mismo que en la novela de Julián Martel titulada *La Bolsa*, un simple sacudimiento basta para convertir en humo el más grande, el más fuerte hacinamiento de riquezas. Y es que, al contrario de lo que nos figuramos los pobres, los millones, por lo general, no son sino abstracciones, cifras, quimeras. Los reyes de la Bolsa juegan con ellos lo mismo que los poetas juegan con las imágenes. Un rapto de inspiración los hace posesores de todas las fortunas del día. Un descuido los arruina. Pero poderosos o desafortunados, lo único que en realidad tienen son números escritos en papeles.

Sólo que esos números embellecen más vidas que las imágenes maravillosas de los poetas divinos. Nosotros, los que nos creemos artistas, hablamos con desdén de las gentes de dinero y las llamamos

positivistas. ¡Ojalá lo fueran! ¡Ojalá supieras lo que en la vida real es un escudo o un millar de escudos! ¡Ojalá tuvieran una noción, siquiera aproximativa, de lo que se puede hacer con el oro! Los positivistas somos nosotros, que cuando ganamos dos duros, o cien duros, o cien mil duros, los contamos, los gastamos o los guardamos; nosotros, los que no tenemos más idea de lo que es el dinero que la noción burguesa y grosera de lo que es sonante y contante. Nosotros somos los avaros. Ellos, no. Ellos viven en un perpetuo delirio, en el cual las más grandes fortunas no son sino elementos de combinaciones ideales, no saben de lo que tienen sino las cifras. Ellos no han visto jamás lo que pesa entre las manos la ganancia de un día o de una hora. Ellos hacen hileras terribles de ceros tras un número uno. Cada mes quitan ceros o ponen ceros. Por ponerlos, ellos se atormentan, ellos sufren, ellos se matan. Que haya veinte ceros más o veinte ceros menos poco importa para sus existencias materiales. Todo lo que es lujo corriente les tiene sin cuidado. Los productos de unas cuantas casas o de unas cuantas estancias darían les lo que basta para satisfacer todos los caprichos suntuosos. Mas ellos no tienen caprichos. Lo único que tienen es imaginación. Y con esa imaginación, que es más ardorosa que la del Dante, trabajan día y noche para lograr aumentar los ceros, los terribles ceros, los adorables ceros. Tras los millares llegan los millones; tras los millones llegan los billones. Los espíritus groseros se indignan ante tal aumento de riqueza, porque cada cero les hace creer que un nuevo dominio, un nuevo trigal, un nuevo rebaño, ha dejado de pertenecer al pueblo para caer en el arca de los acaparadores. ¡Figuraos lo que puede representar en fanegas de cereales, en cabezas de ganado, en líneas urbanas, el millón de millones de un rey cualquiera de la Bolsa! Sólo que esos reyes desdeñan las fincas y las cosechas. Los ceros, para ellos, son ceros, nada mas que ceros, ceros formidables, ceros ideales. Cuando aumentan, con inscribirlos en un libro basta. Cuando disminuyen no hay más que borrarlos. Las granjas siguen perteneciendo a los humildes ricachos, que comen de sus productos. Los edificios suntuosos son de burgueses adinerados. Ellos, los multimillonarios, no guardan más que papeles azules o rosados, grises o blancos, en los cuales se ven cifras en filigrana. Y si uno de ellos un día lograra arruinar a todos los demás, lo único que vería al entrar radiante en su casa por la noche, sería un boletín con muchos ceros, muchos ceros, muchos ceros...

Muchos ceros no son mucho dinero. Los banqueros yankis lo saben ahora por experiencia. Muchos ceros no son más que muchas quimeras, convertidas en engañosas realidades por el genio de los grandes especuladores. Con hacer subir un valor basta para aumentar la fortuna de los millonarios. Con acciones de ciudades que no existen, cual la imaginada por Fouchez, o de productos que aun no son sino fantasías, se hace subir y bajar la pirámide de cifras que constituyen la fortuna de los multimillonarios.

Y es menester que un día el demonio de la ruina se divierta, no en borrar los ceros que siguen al número uno, sino en borrar el uno mismo, para que los grandes poetas de los millones noten que sus riquezas no eran sino una magnífica quimera.

Leyendo *La Bolsa* y viendo la existencia del protagonista, notamos

lo poco que sirve ganar millones de millones cada mañana. ¡El infeliz doctor que ni siquiera tiene tiempo de hablar con su esposa, de dar un beso a sus hijos! Y así son los demás, todos los demás: los de Nueva York como los de Buenos Aires, los de Londres como los de París. El millonario es uno de los tipos más uniformes de las civilizaciones actuales. En general, tiene una esposa y una querida, porque así lo exige el caso, lo mismo que tiene coches y automóviles, lo mismo que tiene caballos ingleses, lo mismo que tiene un cocinero francés. Pero ¿de que le sirve todo eso? Ni le sirve, ni lo ve, ni siquiera sabe que existe. Lo único que le interesa es el juego, la marea del alza y de la baja, el huracán de los negocios, que amasa y dispersa los ceros como si fueran arenas de un desierto. Fuera del juego, no piensa en nada. Pero, a decir verdad, ¿cuándo está fuera del juego? Si en silencio, apoyado en el balcón de su gabinete de trabajo, parece contemplar las flores de su parque, lo que realmente examina es el erial de sus esperanzas o de sus angustias. En la mesa, en el paseo, en todas partes, sus cálculos lo acompañan. Y de noche, durante las breves horas de sueño que los nervios le conceden, un desfile de fantasmas pasa por su ensueño, gritando cifras misteriosas y murmurando nombres enigmáticos.

Su frialdad es aparente, nada más que aparente. Mientras mayor parece, menos tiene de real. En Nueva York, todo el mundo recuerda la historia del famoso Jhon Kee. Sus amigos le llamaban el impasible. En una tiendecilla de la Sexta Avenida hizo su primer millón. Luego puso una tienda mayor y dobló su fortuna. Entonces, tranquilo y silencioso, renunció al comercio para consagrarse a la Bolsa. Los señores feudales del Stock Exchange lo vieron llegar un día con la cartera llena de billetes. La suerte le fué favorable, y en unos cuantos años llegó a amontonar la cifra de ceros necesaria para pasar por un príncipe todopoderoso. Frío y suave, perdía o ganaba. Una tarde, después de acaparar la mayor parte de los títulos de la Unión Pacific, se puso a soñar que los millones corrían hacia él atropellándose. Dió orden de vender. Al día siguiente, cuando llegó a la Bolsa, le dijeron que estaba arruinado. En su rostro no se vió la menor crispación. «¡Arruinado!», murmuraba la gente a su derredor. Sólo él no decía nada. Con el cigarro en los labios y el lápiz en la mano, parecía calcular lo que aquella palabra significaba verdaderamente. ¡Arruinado! Todo lo que en su vida de esfuerzos exclusivos había reunido, desaparecía de pronto, arrebatado por un capricho del Destino absurdo. Su tiendecilla de la Sexta Avenida, con sus diez años de sacrificios que representaba; sus grandes almacenes, sus combinaciones geniales, sus ilusiones, su salud, todo, todo, todo se desvanecía como las nubes color de rosa de un miraje oriental. «¡Arruinado!», dijo en su cerebro una voz misteriosa. Pero su rostro no se inmutó. «¡Arruinado! ¡Arruinado!» Y como herido por un rayo cayó muerto en medio de la Bolsa. Había sucumbido impasible en apariencia.

¿No se diría que es ésta la historia que, transportada a Buenos Aires, sirvió a Martel para trazar la silueta del héroe principal de *La Bolsa?*

Yo había visto siempre, en la manera moderna de comprender los grandes negocios, una poesía. La locura, que consiste en sacrificarse para amontonar millones de los cuales ni siquiera se goza, que casi no

existen, que para nada sirven, parecíame algo como una bella pasión enfermiza. Pero un filósofo francés me contradice. «En ese modo de »entender el tráfico del oro—escribe—hay algo más que una fantasía »oriental. Hay una moral.» Todo un nuevo sistema de ética, en efecto, ha descubierto Paul Gaultier en la existencia de frenética especulación bursátil de Nueva York y de Buenos Aires que, creando un alma nueva, da a las dos grandes razas americanas una mentalidad y una sentimentalidad dignas de estudio.

Los que por ironía se oyen llamar varones de la «alta finanza» o señores feudales del oro, son, realmente, los miembros de una nueva aristocracia. La palabra plutocracia no les conviene. No son dominadores que se sirven del oro para tiranizar, no son compradores de voluntades, no son corruptores de multitudes. Para ser los primeros no necesitan servirse de sus tesoros. Esos tesoros no simbolizan sino un signo de fuerza, de heroísmo, de energía. «He aquí los millones de millones que he ganado», clama un señor de Rosario o de Mendoza; y en estas palabras hay un orgullo igual al de nuestros abuelos, que decían: «Ved los pueblos que acabo de conquistar.» Un puñado fórmidable de títulos de renta representa lo mismo que un legajo de pergaminos. Ambas cosas son sagradas, porque refieren leyendas de energía.

¡La energía! Tal es la síntesis de todas las épocas orgullosas de la Humanidad. La energía de un grupo de fanáticos creó el cristianismo; la energía de una sociedad ávida de refinamientos creó el renacimiento; la energía de unos cuantos capitanes aventureros creó el nuevo mundo; la energía de un solo hombre creó la epopeya napoleónica. Y hoy que la vida se ha hecho metódica; hoy que la guerra se ha convertido en una operación de formidables matemáticas, sólo un campo queda abierto para los que se sienten ávidos de demostrar sus fuerzas y sus apetitos. Ese campo es el negocio, el tráfico del oro.

¿Por qué extrañar, pues, que un filósofo estudie la moral de la Bolsa, como otros estudiaron la moral del sistema feudal o la moral del espíritu guerrero? Desde el principio de su tratado, Paul Gaultier establece la realidad de la situación y hace ver que entre un millonario americano y un tendero judío hay tanta diferencia como entre un conquistador de pueblos y un cortador de bolsas. «Todo es robo», dicen los que quieren comparar a Napoleón con Juan Moreira. Está bien. Todo es negocio igualmente. Pero dentro del negocio, como dentro del robo, hay héroes. «Lo que en los negocios admiran tales negociantes—es»cribe Gaultier—no es la riqueza que proporcionan, sino el esfuerzo »que exigen. Aman los negocios con amor real, porque en ellos ven, »con justicia, la virtud de sostener y de engrandecer la voluntad. Un »Banco, una Empresa ferrocarrilera, una estancia, una salchichería ó »una fábrica son para ellos excelentes escuelas de energía. En esto es»triba toda la razón de sus razones, y es una buena razón. Los nego»cios forman, cuando no héroes, por lo menos hombres fuertes. El di»nero, que es, de un modo práctico, el fin del negocio, el inspirador del »trabajo, no tiene, a los ojos de esos héroes, sino el valor de repre»sentar el precio del esfuerzo en esta época en que el superhombre »podría muy bien no ser sino un gran industrial.» Tales son los argumentos del filósofo nuevo. Y, a mi ver, no son ni mejores ni peores que los de todos los filósofos. Cuando se quiere exaltar un método de

vida no hay más que dos o tres grandes virtudes que atribuirle. La virtud del esfuerzo es una. En ella reside la riqueza y la vitalidad de los pueblos. Ella dió antaño a Venecia y a Castilla sus laureles de oro. Ella cargó en las Indias Occidentales los galeones para la Monarquía católica. Ella llenó de metales preciosos, en Egipto y en Chipre, las galeras de la serenísima República. Hoy su forma inicial cambia. Pero su esencia es la misma. Y así, esos porteños de la Bolsa de valores, que conquistan millones cual nuestros abuelos conquistaron fortalezas, no son sino los idealistas fundadores de familias orgullosas, a las cuales, dentro de un siglo, no les quedará tal vez más tesoro que el de poderse proclamar nietos de los que hoy obtienen, a fuerza de heroísmo, una corona mural de oro macizo.

¿Tienen los especuladores una noción exacta de todo esto? Viéndolos pasar por la famosa esquina de esta calle de los Bancos de Buenos Aires, casi me figuro que no. Nada en ellos, exteriormente, indica el orgullo. Nada revela tampoco la dicha, la satisfacción, el contento. Y por una especie de fantasía absurda de la vida, yo me figuro hoy, al contemplar sus rostros, que siendo los más envidiados y los más poderosos, son, sin embargo, en una ciudad que respira la alegría, los únicos que no saben lo que es sonreir...

La alegría.

¿Tendré la enfermedad de encontrarlo todo alegre?... Aquí, en la metrópoli argentina, me pasa lo mismo que me había pasado antes en otros lugares donde los demás ven brumas y melancolías, donde yo encuentro la más delicada alegría de vivir. Todo se me antoja feliz, todo me sonríe, todo me hace pensar en la plenitud de ventura que corresponde a la existencia joven y sana.

La alegría de Buenos Aires no es una alegría de día de fiesta, ni de borrachera, ni de barullo. Sus habitantes no ríen, no gesticulan, no hablan alto. Pero sonríen. Y no me refiero a la sonrisa culta, intencionada y algo estilizada que el mismo Santiago Rusiñol ha descubierto en los labios de la *élite* porteña. Me refiero al sonreir de la calle, al del cochero, que no es gruñón cual el de París, ni desmayado cual el de Madrid; al de los guardias municipales, al de los camareros de café, al de los vendedores de billetes de lotería, al de los dependientes, al de los simples paseantes, en fin. Ya Anatole France notó que entre la gente callejera, que en el resto del mundo contiene una proporción grande de seres sórdidos y sucios, no hay uno sólo, así, ni uno, que tenga aspecto miserable. ¿Dónde están los vencidos, los sin trabajo, los derrotados en la lucha por la vida?... Yo no los veo. Y ello sólo basta para dar a la ciudad un aspecto de dicha, de bienestar y de alegría que en ninguna otra parte del mundo se ve.

***

Si esto os parece un modo negativo de considerar el asunto, y si me decís que se puede ser muy rico y no ser alegre, dejadme invitaros a tomar asiento en una terraza cualquiera de la avenida de Mayo. La hora no importa. Al cabo de diez minutos estaréis rodeados de minúsculos limpiabotas que os propondrán dar lustre a vuestro calzado, aunque esté más reluciente que un espejo. No os inquietéis. Estos chicos, que llevan un cepillo y una caja de betún, no tienen nada de insoportables. Decidles «no», y no insistirán. En realidad, ni siquiera tienen empeño en trabajar. Su oficio es para ellos un juego. Corren, bromean, se disputan el pie del parroquiano que ríe, y nunca ponen en el cumplimiento de sus deberes la meticulosa e insoportable conciencia de los «lustros» de Italia. La mayor parte, sin embargo, parecen venir de las costas italianas, con sus deliciosas cabecitas rizadas, sus bocas de querubines y sus manos sucias. Son gorriones que viven en la calle y de la calle. Todo les divierte y todo les hace reir. Cuando uno de ellos se está comiendo un pastel, y otro, por detrás, se lo quita y se lo traga, la risa es general. Cuando un policía, con mano algo ruda, los aparta de la acera para dejar libre el paso, la risa es universal. Sin motivo ríen como en el guiñol. Y es que, realmente, resulta un perpetuo guiñol la vida de esos seres menudos, que son felices siendo miserables y que convierten el más bajo de los quehaceres en un juego sin fin.

¿Los minúsculos limpiabotas han acabado de interesaros? Mirad entonces a los demás vendedores ambulantes. Esa mujer morena, bien vestida, que os ofrece una camelia algo marchita para el ojal, no tiene nada de lo que en sus hermanas de Europa molesta. Con una sonrisa se acerca. Con otra sonrisa se va. ¿Y este que viene ofreciéndonos carteras de cueros variadísimos? Este es un sér que no existe sino en este país, donde la gente suele tener billetes de Banco y no saber dónde llevarlos. Decidle: «No, gracias», y veréis que sonríe y se va. Ninguno de los que comercian tiene la crispación de los buhoneros de otras ciudades. Vender o no vender, poco diríase que le importa. Con su cara alegre sigue su camino, acariciando de seguro sueños de fortuna.

—De tal modo han comenzado muchos de nuestros millonarios— oímos asegurar a cada instante.

En una ciudad así, en la que el potentado de hoy es a menudo un mendigo de ayer, los pobres viven como los héroes de *Las mil y una noches*, confiando en un Kismet occidental que lleva una levita y un sombrero hongo, pero que tiene, lo mismo que el Bagdad, el poder de cambiar la condición de sus elegidos con una sola mirada. En los cuentos árabes el genio del azar dice a los que oyen, tomando café, las lecciones de la filosofía eterna: «¡Oh! Mortales: oid bien la enseñanza »que os da el Destino, y prestad atención grandísima a las vicisitudes »con que sabe hacer variar vuestra vida, ora elevándola muy alto, ora »precipitándola muy abajo, cual una cuba en un pozo sin fondo.» Ante las mesas de los cafés de Buenos Aires, donde se reunen los que luchan, los que codician, los que esperan, una voz misteriosa, con acento criollo, muy parecido al acento árabe, murmura palabras análogas, infundiendo un mágico optimismo en el alma de las multitudes. La única diferencia está en que el oriental, después de escuchar, sigue soñando, mientras el argentino se mueve. Pero el fondo de las divinas ilusiones, que a veces se convierten en bellas realidades, es el mismo. En las le-

rrazas de la avenida de Mayo, cuando os distraéis viendo a la gente, contemplad a los que se sientan solos en las mesas vecinas y notaréis que no hay ni uno entre ellos que carezca de cierto aire de esperanza. Aun los menos dichosos, en efecto, esperan, y la esperanza les da la sonrisa de la alegría, de la dicha, de la ilusión.

* * *

El filósofo de la *joie de vivre*, Gabriel Tarde, ha demostrado que los pueblos son más o menos alegres según se aburren más o menos. No es la miseria, no es la fatiga, no es el clima, no es el temperamento lo que hace que los hombres sean tristes. Es el aburrimiento. En las ciudades donde el obrero domina de un modo absoluto, donde sólo hay fábricas, donde el dolor de la mina mancha de negro el alma, donde el hombre, más que un sér, es una rueda en un engranaje, donde las industrias pequeñas desaparecen por no poder competir con el vasto maquinismo, en Lille, en Saint-Etienne, en Barcelona, en Manchester, en Bremen, el aburrimiento es general y la tristeza es visible. En cambio, en los pueblos que han conservado sus oficios variados y sus industrias pequeñas, en Cádiz, en Florencia, en el Cairo, existe una alegría visible.

En Buenos Aires hay, entre los que trabajan, muchos que se quejan de mil penas y de mil dolores. De aburrimiento, ninguno. ¿Cómo van a aburrirse, en efecto, los que viven con esperanzas positivas, los que acarician ensueños espléndidos?

Claro que no hablo de lo que se llama la aristocracia. Los ricos, los que lo tienen todo y de todo están a veces hastiados, pueden, aquí lo mismo que en el resto del globo, aburrirse y ser tristes. Los otros, los de la calle, los que forman la atmósfera verdadera de la ciudad, los que crean la gran palpitación de la vida visible, esos no: ni se aburren ni son tristes. Los mismos emigrantes, que son los que van en los buques fletados por la miseria de que habla Rusiñol, abandonan, en cuanto llegan, sus tristezas pasadas. ¿Y cómo no han de hacerlo, si antes de desembarcar sienten ya sus almas acariciadas por el aliento sublime de las esperanzas milagrosas?

El día de mi arribo a Buenos Aires, en el puente del navío que me traía sentí la fuerza revivificadora que posee la tierra americana.

¡Oh, escena inolvidable!

—¡El puerto!... ¡El puerto!...,

Y con una impaciencia que hacía pensar en los antiguos pilotos de las carabelas cuando gritaban: «Tierra, tierra», todos corrían hacia la proa murmurando palabras de entusiasmo.

—Véalos usted—decíame, sonriendo, un compañero de viaje—; parece que hubieran descubierto un mundo.

Yo también sonreía. No obstante, si hay un espectáculo serio, más aún un espectáculo patético, era el de aquellos seres que, atraídos por el brillo de un toisón menos fantástico que el de los compañeros de Jaósn, venían de todos los rincones del mundo hacia la comarca cuyo sólo nombre es ya una promesa de fortuna.

¡La Argentina!

¿Hay lengua humana en la cual estas sílabas dejen de tener una sonoridad de metal precioso? La Argentina se dice en Rusia lo mismo que en España, en la Gran Bretaña lo mismo que en Oriente, en la China lo mismo que en Grecia, y siempre el alma percibe imágenes de grandeza y de trabajo, imágenes salvadoras para el que no puede contentarse con la vida de su pueblo natal, imágenes halagüeñas y generosas para todos.

En el puente de proa, en el instante solemne de la llegada, y ante la visión vaga del puerto apenas perceptible, noté lo que significa para la humanidad desheredada la esperanza de la tierra prometida. Como las multitudes bíblicas, las cohortes de los emigrantes yérguense en el minuto supremo, frente a la nueva Canaan, para elevar con la mente un himno obscuro y sublime al dios ignoto de los destinos modernos. No es una ilusión mía esta metamorfosis mística. Los más fríos observadores a quienes se les hace contemplar el espectáculo de un barco que se acerca al gran puerto de América cargado de humildes buscadores de fortuna, notan la llama súbita que ilumina los rostros. En un instante los ojos más fríos se iluminan, las mejillas más lívidas se animan los labios más secos se entreabren. Allí, frente a ellos, en las comarcas nuevas que el Plata baña, es donde los infelices sueñan ver surgir las áureas enramadas de Eldorado y donde, por lo pronto, encuentran la esperanza, es decir la dicha, la alegría, el aliento.

***

Por todas partes, en efecto, una chispa de entusiasmo, de optimismo, de ilusión y de bienestar brilla en la gran metrópoli americana. ¿Cómo han hecho para no verla los viajeros que hablan de la tristeza de Buenos Aires? Yo creo que el error está en la definición de lo que es alegría.

«La alegría—dice Gabriel Tarde—es la fe, la fe en sí y en los demás, »la fe y la confianza en la vida; la alegría es, más que el olvido de ma»les pasados o de males ajenos, el consuelo de todos los males; la »alegría es la esperanza, lo mejor de la vida.»

Ya lo oís. Y ahora, francamente, decidme: ¿hay en el mundo una ciudad donde más común sea esperar y confiar? ¿Hay una ciudad que sonría con mayor espontaneidad y mayor constancia?...

Gomez Carrillo

Viena Reposteria Capellanes

Chocolate "Reina Victoria".—Ricas mantecadas a 0,10—Pasteles, Dulces, Pastas y Postres.—Pan de Viena, candeal y francés.—Pan de gluten para diabéticos a 0, 10 el panecillo y 1,20 la caja de doce.—Servicio a domicilio.—Jamón en dulce, elaboración procedimiento exclusivo.
Vinos gallegos de Rivero, y los Peares a 0,50 y 0,75 la botella.
100 pesetas en tickets de compras dan derecho a una cartilla de 5 pesetas de la Caja Postal de Ahorro.
Mendizábal, 34-Arenal, 30-Preciados, 19-Martín de los Heros, 33 y 35-Marqués de Urquijo. 19 San Bernardo, 88-Alarcón, 11-Génova ,24.
Teléfonos 1953-1937-1957-1905 y 1868.

Café Restaurant
Reina Victoria
San Bernardo, 18
Almuerzos a 2 pesetas y comidas a 2,50 por cubierto. Lista abundantísima

Mañana domingo, callos a la madrileña

Oleoretine
Descubrimiento portentoso, lo mejor, lo único, lo ideal para el crecimiento del cabello.
Barquillo, 27 y Serrano, 7.

¡¡EUREKA!!

Es el mejor calzado
Nicolás M. Rivero 11

Treinta años
A esta edad si no ha salido, pronto saldrá la primera cana; no debéis descuidaros usad en seguida el agua **La Flor de Oro** y evitareis las canas, la caspa y la caída del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

Trajes modelos
Por un invento del señor Cimarra sastre práctico.
Lo hace él mismo,
San Bernardo, 56
Admite géneros. Hechura de 25 a 50 pesetas.

DOTÚ
SASTRE
Preciados, 42
ELEGANCIA
DISTINCION
ECONOMIA
Preciados, 42

AGUA MINERAL NATURAL PURGANTE
PEÑAGALLO
Pida usted la botella de una dosis. **Manantiales en Loeches.**
Propietario: LUIS SANZ - Dirección y Depósito: Montera, 29, bajo - Madrid - Teléf. 1.176

Fábrica de Corbatas
CAPELLANES, 12 - MADRID - Casa fundada en 1870

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto.
Elegancia, surtido, economía.
Precio fijo.

La Escuela BERLITZ Preciados 9
no enseña más que idiomas, pero los enseña bien

COMPAÑY
FOTÓGRAFO
Fuencarral, 29, Madrid.

GRAN FARMACIA
de la Viuda de G. López.
Plaza de Isabel, II, 1, Madrid.

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

Imprenta de «La Novela Corta», Antonio Palomino, 1, Madrid.